

***La crisis económica y el sistema político:
¿Hacia un nuevo equilibrio de partidos?
WAYNE A. CORNELIUS***

El peso pierde más de la mitad de su valor frente al dólar en dos meses, provocando la caída a plomo de la capacidad adquisitiva y de los niveles de vida de práctica-mente todos los mexicanos. La inflación sigue un curso en espiral que va del 8 por ciento en 1994 a por lo menos el 42 por ciento este año. Las tasas de interés y las quiebras de negocios suben desmesuradamente y sólo en 1995 desaparecerán por lo menos 750 mil puestos de trabajo. Después de un periodo de expectativas crecientes en anticipación a la prosperidad que supuestamente implicaba el TLC, los mexicanos ahora enfrentan años de crecimiento económico cero o negativo mientras la fuerza de trabajo sigue expandiéndose un millón de personas cada año. Funcionarios mexicanos suplican al gobierno de los Estados Unidos que les saque de apuros financieros y lo consiguen, pero sólo después de un trato colateral con los ingresos del patrimonio nacional mexicano más sensible a nivel político, el petróleo. Después de doce años de dolorosa recuperación de la crisis de la deuda de 1982, México reemprende su marcha como pabellón económico de los Estados Unidos. Los críticos de izquierda que advirtieron sobre las consecuencias desastrosas de una precipitación temeraria en la economía de libre mercado y de la liberalización radical del comercio exterior con competidores poderosos parecen vindicados. La élite política está despedazada y el presidente Ernesto Zedillo deja que los "dinosaurios" de línea dura y los pretendidos reformadores dentro del PRI resuelvan sus luchas entre ellos.

¿Un panorama de ensueño para la izquierda mexicana? Qué duda cabe. Hoy existen las condiciones para un renacimiento de la izquierda en México que no se daban desde 1935-1936, cuando la estabilidad del régimen también estaba amenazada por una depresión económica y la guerra abierta entre un presidente nuevo y de mentalidad reformista (Lázaro Cárdenas) y el hombre que lo escogió personalmente y que fue durante mucho tiempo el hombre fuerte, Plutarco Elías Calles. Pero en el transcurso de las últimas seis décadas, la izquierda no ha logrado capitalizar muchas de las oportunidades ofrecidas por la historia mexicana en su curso.

Una de las más significativas fue la elección presidencial de 1988, cuando el Frente Democrático Nacional dirigido por Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo por lo menos 31 por ciento de los votos, y es probable que mucho más si el recuento hubiera sido honesto. Hoy, se suele criticar a Cárdenas y al Partido de la Revolución Democrática (PRD) que 61 fundó en 1989 por despilfarrar una oportunidad de oro para consolidar a la izquierda como la segunda fuerza política en importancia. Los candidatos del PRD al Congreso obtuvieron colectivamente sólo 16.7 por ciento de los votos en las elecciones del 21 de agosto de 1994 y Cárdenas reunió una escasa tercera parte en su segunda propuesta presidencial.

Cárdenas y su partido fueron eclipsados por el Partido Acción Nacional, con 55 años de antigüedad, y su candidato Diego Fernández de Cevallos. Después de una elección ampliamente considerada como la más limpia en la historia de México, las acusaciones de Cárdenas sobre un elaborado plan orquestado por el gobierno para bloquear el voto

(supuesta-mente a favor del PRD) de 8.5 millones de mexicanos el 21 de agosto, han sido desechadas como ridículas incluso por intelectuales de izquierda.

Históricamente, la izquierda mexicana ha estado debilitada por un constante faccionalismo interno, alimentado por diferencias ideológicas y rivalidades personales entre dirigentes políticos. En la actualidad, esas tensiones persisten dentro del PRD entre los antiguos priistas de izquierda (dirigidos por Cuauhtémoc Cárdenas) que abandonaron el partido en el gobierno en 1987-1988 y aquellos dirigentes del PRD que tuvieron su origen en los partidos mexicanos comunista y socialista de la vieja línea.

Pero una presión mucho más grave en la izquierda hoy es la falta de una fuerte infraestructura local de partido. Desde su inicio, el PRD ha estado dominado por políticos e intelectuales con base en la ciudad de México para quienes las provincias casi no existen. Los dirigentes del PRD central estafaron a los organizadores a nivel local en la asignación de los recursos financieros del partido, de acuerdo con el criterio de que esos escasos recursos se podían utilizar más eficazmente para derribar al PRI a nivel nacional. De modo que la mayor parte de los recursos del PRD se invirtieron en las fallidas candidaturas a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas.

El resultado de esa estrategia y esa mentalidad de orientación nacional es un partido que no está equipado para ganar en los niveles local y estatal, donde los partidos de oposición tienen sus mayores oportunidades hoy. En cambio, el PAN ha insistido congruentemente en la construcción local del partido y por eso su inversión en organización tiene más capacidad que la de la izquierda para aprovechar la nueva apertura creada por la descomposición del régimen del PRI, con 66 años de existencia. Ahora que hay competencia electoral significativa a nivel local y estatal, sólo el PAN se beneficiará en muchas partes del país.

La oposición de izquierda también ha cometido algunos errores estratégicos muy importantes. En los primeros años de la presidencia de Salinas, la decisión de Cuauhtémoc Cárdenas de mantener una estrategia de confrontación permanente y de deslegitimación frente al nuevo gobierno resultó infructuosa a medida que la popularidad del presidente Salinas ascendió desmesuradamente y sus políticas económicas comenzaron a mostrar resultados positivos. La vendetta sumamente personal entre Cárdenas y Salinas, que continuó de principio a fin del sexenio, repercutió en definitiva en detrimento de ambos, pero el que más perdió fue el partido político de Cárdenas. El PRD fue sistemáticamente excluido del trato entre Salinas y la oposición que empezó sólo días después de las elecciones de 1988.

El trato resultó provechoso para el PAN. El apoyo papista a las propuestas más importantes de Salinas al Congreso tuvo por resultado una proliferación de victorias electorales del PAN, oficialmente reconocidas a los niveles estatal y local. Los gobernadores panistas ahora detentan el poder en cuatro estados clave (Baja California Norte, Guanajuato, Chihuahua y Jalisco) y el PAN está en buena posición para agregar otro estado (Yucatán) este año. Además, el número de gobiernos municipales que controla se ha multiplicado. Hoy, casi 18 millones de mexicanos —una quinta parte de la población total— viven bajo gobiernos estatales o municipales dirigidos por el PAN. En cambio, para los militantes del

PRD no es muy alentadora la creciente marginación de su partido dentro del ámbito político nacional en los últimos seis años.

En su primera fase, la rebelión zapatista en Chiapas pareció ser un catalizador para la renovación de la izquierda, no sólo a nivel regional sino nacional. No obstante, en conjunto, la rebelión de Chiapas ha sido más un impedimento político que una oportunidad para la izquierda cardenista. Estalló precisamente en el momento en que Cuauhtémoc Cárdenas intentaba tomar una posición de político más centrista respecto a la mayor parte de los temas clave, en preparación de su campaña presidencial de 1944. No podía desplazarse más a la izquierda y menos aún suscribir la estrategia de una insurrección armada contra el gobierno elegido por los indios de Chiapas sin aislarse aún más y asustar al electorado.

Pero los problemas de la izquierda en los últimos años no han sido todos autoimpuestos. Con Salinas, el gobierno no mostró ninguna inclinación a negociar seriamente con la izquierda cardenista. La propia actitud despectiva del presidente Salinas hacia el PRD se resumió en su comentario público sobre las protestas de los legisladores del PRD que interrumpieron su último mensaje a la nación: "No los veo ni los oigo".

El comportamiento del aparato PRI-gobierno en varias elecciones clave estatales y locales fueron señal de que nunca se permitiría que un gobierno cardenista llegara al poder, por lo menos a nivel de los estados, en ninguna parte del país. Durante las elecciones a la gubernatura de Michoacán en 1992 —una plaza fuerte del PRD—, se inyectaron recursos tan masivos a la campaña del PRI que el objetivo aparente no era sólo derrotar al PRD, sino humillarlo y destruir su credibilidad como partido de oposición en todo el país.

La animosidad personal entre Carlos Salinas de Gortari y Cuauhtémoc Cárdenas, que ambos se llevarán a la tumba, ha dejado de ser un factor que inhiba la institucionalización del PRD como la principal fuerza de oposición a la izquierda del PRI. En acentuado contraste con la posición de su predecesor, el presidente Zedillo promovió rápidamente una reunión con altos dirigentes del PRD, y después ha dado muchas otras señales de que quería forjar una relación de no confrontación con la oposición de izquierda.

Según se dice, Zedillo dio seguridades en privado a dirigentes del PRD de que los múltiples conflictos generados por las recientes elecciones a las gubernaturas en los estados de Chiapas y Tabasco, cuyos resultados fueron desafiados fuertemente por el PRD, se solucionarían de modos aceptables para los perredistas. Hizo la promesa en Chiapas, forzando al gobernador electo del PRI a tomar una "licencia" extendida y es posible que permanente. Pero en Tabasco, el intento de Zedillo de quitar al gobernador del PRI, cuya elección estaba teñida de fraude, fue bloqueado por una rebelión abierta de militantes priistas estatales y locales, apoyados por importantes elementos del aparato nacional del PRI.

A pesar de todo, el cambio drástico de la relación entre el presidente titular y la oposición de izquierda es inequívoco. Con el PRI alborotado por las acciones recientes del presidente para distanciarse él y su administración del partido, y el público conmovido y furioso por la severidad de las medidas de austeridad que su gobierno está poniendo en práctica para

enfrentar la crisis económica, Zedillo necesita urgentemente construir una base más amplia de apoyo a su presidencia. Esta base debe incluir no sólo a elementos reformistas de su propio partido sino a las facciones del PAN y del PRD que están dispuestas a negociar con el gobierno.

Si Zedillo logra cortar los lazos que tradicionalmente han vinculado al Estado mexicano con el partido "oficial", el PRD y todos los demás partidos de oposición se beneficiarían enormemente de la nivelación del campo de juego electoral que resultaría de ello. Despojadas de sus ventajas usuales sobre la oposición, en especial del acceso a fondos virtualmente ilimitados de las arcas del gobierno, las organizaciones del PRI en todo el país pueden encontrar cada vez más difícil competir.

La izquierda ganaría alguna credibilidad a partir del creciente desastre financiero, que parece validar muchas de sus críticas a la estrategia económica neoliberal perseguida tan tenazmente por los tecnócratas mexicanos en el gobierno desde 1989. Los cardenistas habían advertido que una liberalización económica excesivamente rápida, sin suficiente esfuerzo por mantener una red de seguridad social para los millones de mexicanos rezagados, exacerbaría el ya severo problema de distribución del ingreso. Aunque reconocían la necesidad de hacer de México un jugador pleno en la economía global, los cardenistas advirtieron que la excesiva dependencia respecto a los mercados de Estados Unidos y al capital norteamericano especulativo para financiar el nuevo modelo de desarrollo dirigido por las exportaciones podía conducir al desastre. Esta crítica general suena mucho más cierta hoy que hace un año.

En 1994, las preocupaciones por la "ley y el orden" y la estabilidad económica ayudaron sin duda a Zedillo en las elecciones. No obstante, con la agitación política y económica que se ha apoderado de México desde las elecciones de agosto de 1994, los futuros candidatos del PRI encontrarán difícil convencer a los electores de que su partido es el garante último de la salud económica y de la estabilidad política de la nación. Las fugas masivas de capitales, la espiral de la inflación y la turbulencia política que México ha vivido desde que el PRI volvió al poder son precisamente las horribles consecuencias que el PRI y sus aliados en los grandes negocios y los medios de comunicación predijeron en caso de una victoria de la oposición el año pasado.

Como lo demostraron en el estado de Jalisco el 12 de enero, los electores mexicanos ya no temen las consecuencias de sacar a puntapiés a gobiernos priistas. Más erupciones estilo Chiapas de desasosiego social socavarán aún más el reclamo tradicional del PRI de que el status quo político es menos amenazante que el cambio.

México necesita una oposición de izquierda viable para equilibrar su sistema de partido político y como fuente de presión para una mayor intervención gubernamental a micro nivel en la economía liberalizada y así mantener los problemas de pobreza y desigualdad del país dentro de límites tolerables. Una oposición de izquierda bien institucionalizada también puede ejercer una presión útil para acelerar el proceso de democratización. En realidad, durante la presidencia de Salinas, algunas de las "concesiones" clave hechas por el gobierno en el campo de la reforma política, tal vez hayan estado motivadas por un deseo de neutralizar o de apropiarse en exclusiva de las críticas de la izquierda cardenista.

Pero la historia, y Ernesto Zedillo, pueden haber jugado a la izquierda una mala pasada. Mediante el nombramiento de un miembro de la dirigencia del PAN, Antonio Lozano, procurador general, poniéndolo a cargo del proyecto de más alto perfil de la administración —nada menos que reformar todo el sistema de justicia penal e instaurar el gobierno de la ley en México—, Zedillo ha posicionado al PAN y a su candidato presidencial en el año 2000 para ser los principales beneficiarios del logro quizás más importante de su administración.

En un país instintivamente conservador, donde la izquierda aún debe acarrear el bagaje negativo de su asociación histórica con el socialismo internacional, la violencia de la guerrilla y las políticas económicas estatistas, que defendió mucho después de que habían fracasado manifiestamente en rendir una prosperidad persistente al mexicano promedio, se requerirá un acto supremo de destreza política para arrebatarle la ventaja a la resurrecta oposición de derecha.

Si quiere seguir siendo un contendiente viable en el nuevo y mucho más competitivo entorno creado por la crisis económica y las reformas al sistema electoral del año pasado, el PRD se ha de reinventar. El partido no puede sobrevivir con un caudillo autodestructivo al timón. El PRD necesita con urgencia reorganizarse en torno a su llamada a la "moderada y pragmática", en la actualidad dirigida por el senador Porfirio Muñoz Ledo. Necesita un mensaje económico más apremiante, que vaya más allá de pedir la moratoria para el pago de las deudas externas y centre la puntería en los aspectos de "limpieza" fundamental planteados por las reformas económicas neoliberales de los últimos nueve años.

Por último, el PRD debe reclutar mejores candidatos para los cargos públicos, así como cuadros a nivel local que sean menos intransigentes y deslucidos por su servicio al PRI en el pasado. Desafortunadamente para la izquierda, en la búsqueda de talento, es el PAN el que casi siempre va a la delantera.

Traducción: Isabel Vericat N.

Profesor de Ciencia Política y director de Estudios y Programación en el Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California, San Diego.